

La fórmula de la revolución

Martes, 11 de julio de 1939

En *L'Ère Nouvelle* del 14 de junio, proclamé mi convicción muy firme en cuanto al prestigio intachable y a la eficacia persistente del espíritu de la gran Revolución. A pesar de todos los escepticismos y frialdades de los pueblos, que creemos engañados, se trata de un fenómeno absolutamente contrario a las apariencias. Lo que fracasó en el mundo en crisis, no es en absoluto el verdadero espíritu de la Revolución, sino los errores que la han desnaturalizado, y los olvidos que la han hecho desconocida. Ya hablé de los primeros, quiero ahora hacer alusión a los segundos.

Lejos de estar gastadas y de haber alcanzado un grado de desarrollo significativo de que su tiempo estuviese cumplido, las ideas de la Revolución conservan todo su frescor. Son duraderas, permanentes, y me atrevería a decir definitivas e imperecederas —hechas todas las reservas sobre las modalidades históricas que presiden aquí y allí a su aplicación.

Entre los lazos y los rasgos comunes que unen tan estrechamente —y para algunos tan paradójicamente— las ideas de la Revolución y los eternos principios de la moral cristiana, tenemos éste: que unos y otros lejos de haber envejecido esperan siempre, con la paciencia y esperanza de una juventud llena de seguridad, la hora de su pleno dominio sobre la conciencia universal.

Se ha discutido a veces, en las columnas de este periódico, si la Revolución es o no, «un bloque». Se ha evocado la frase de Clemenceau, pronunciada en un día de lucha febril, apasionada. Se ha presentado frente a la oposición más serena del presidente Herriot, formulada en la calma solemne de una conmemoración o ceremonia oficial.

Quizás la verdad es que la Revolución, en tanto que a acontecimiento, no fue y no podía en absoluto ser un bloque. En el seno de la Historia, los acontecimientos no forman en absoluto bloques, separables unos de otros, e indivisibles ellos mismos. Todos pertenecen a una larga cadena en la que cada eslabón nos ofrece un aspecto diferente y en la que el lazo de continuidad es interpretado o unido, siguiendo unas influencias que parecen caprichosas a

juicio de la lógica humana.

Pero si los hechos de la Revolución no fueron «un bloque», la fórmula de sus principios fue una y gran olvido es precisamente el aislarlos, separarlos, exagerar el alcance de uno en perjuicio de los demás. Es ahí donde la síntesis, el sistema del gran acontecimiento, se nos muestra como la esencia solidaria de una nueva civilización.

Tal verdad, tan simple, como todas las demás verdades fundamentales, ha sido, en todas partes y siempre, olvidada y desconocida.

Muy a menudo se ha querido desarrollar, bajo el título de libertad, la fuerza de un egoísmo sin piedad, que no encuentra el freno de la ley y de la justicia, para impedirle invadir los derechos y el bienestar de los más débiles. Entonces los otros principios quedaban como letra muerta, y las masas engañadas y decepcionadas sólo podían elegir entre la demagogia roja y la demagogia negra, llamada blanca, que les ofrecía una mezcla diferente de ilusiones y de dictaduras. Se destruía así el sostén indispensable de una sociedad democrática, que no puede ser más que el impulso del entusiasmo popular.

En sentido contrario, se creyó que en nombre de la igualdad ideal y absoluta se podía sacrificar el gusto y la práctica de la libertad. Y se llegaba inevitablemente a agotar la gran fuente del progreso humano, esa fuerza creativa e indispensable de la personalidad individual, que creyendo trabajar para ella, construye y produce en beneficio de todos, y cuya inquietud instintiva es el gran resorte que mueve y renueva el mundo moral.

Pero hubo otro olvido más grave en ese camino de la disociación de la fórmula revolucionaria, que debería ser, como la nación que la proclamaba, una e indivisible. Se quiso (tanto por los partidarios como por los enemigos de la revolución social) que la lucha y el odio de clases fuesen una continuación lógica, y como un desarrollo necesario, de la gran revolución política.

Pero no, mil veces no.

Esa revolución de la lucha de clases sería una revolución, pero absolutamente diferente y (¡aún más!) contradictoria, y completamente opuesta a la revolución de la fraternidad humana.

En nombre de ésta, de la primera en fecha y también en rango, se puede y se debe avanzar resueltamente, incluso feroz y apasionadamente, en el camino de la justicia social y destruir todos los muros del privilegio, barrer el camino de todos los obstáculos de la avaricia. Y el ideal igualitario debe ser tan avanzado como sea posible, porque la posibilidad justiciera es el único freno al que no le repugna la justicia. !Pero nada de odios que están condenados por la

fórmula revolucionaria! Convendrá siempre recordar todo el alcance feliz y divino de esa idea de fraternidad, que encierra y corona con grandeza la síntesis revolucionaria.

A fin de cuentas, la libertad, como la igualdad, son en el fondo gritos de naturaleza, impulsos legítimos hacia los resortes primitivos de la vida; pero la fraternidad es el progreso, el paso adelante hacia el ideal de una humanidad mejor, elevada, perfeccionada, casi perfecta. Y en esa dirección, de una elevación tan grande, y que hace de la palabra la cumbre, el coronamiento de la fórmula, se encuentra subrayada, si consideramos los orígenes, la concepción y el alumbramiento de la gran Revolución. Allí se encuentra la huella de las élites del pensamiento, y a menudo privilegiados de la cultura, de la riqueza e incluso de nacimiento, que habían comprendido cómo se había cumplido el tiempo para establecer un orden más justo; y para llegar a éste, esos espíritus dieron la fórmula que exigía su sacrificio, sentido y practicado con fervor, pero que condenaba la lucha y el odio, que son la vuelta a la barbarie, o si se quiere impedir, al despotismo.